

Laboa se hizo querer, una vez más

■ Abarrotó el Teatro Principal de Gasteiz en el concierto organizado por la Korrika. ■ Viejos y nuevos temas conformaron un emocionante kantaldi. ■ Público y músicos se sumaron al homenaje de AEK.

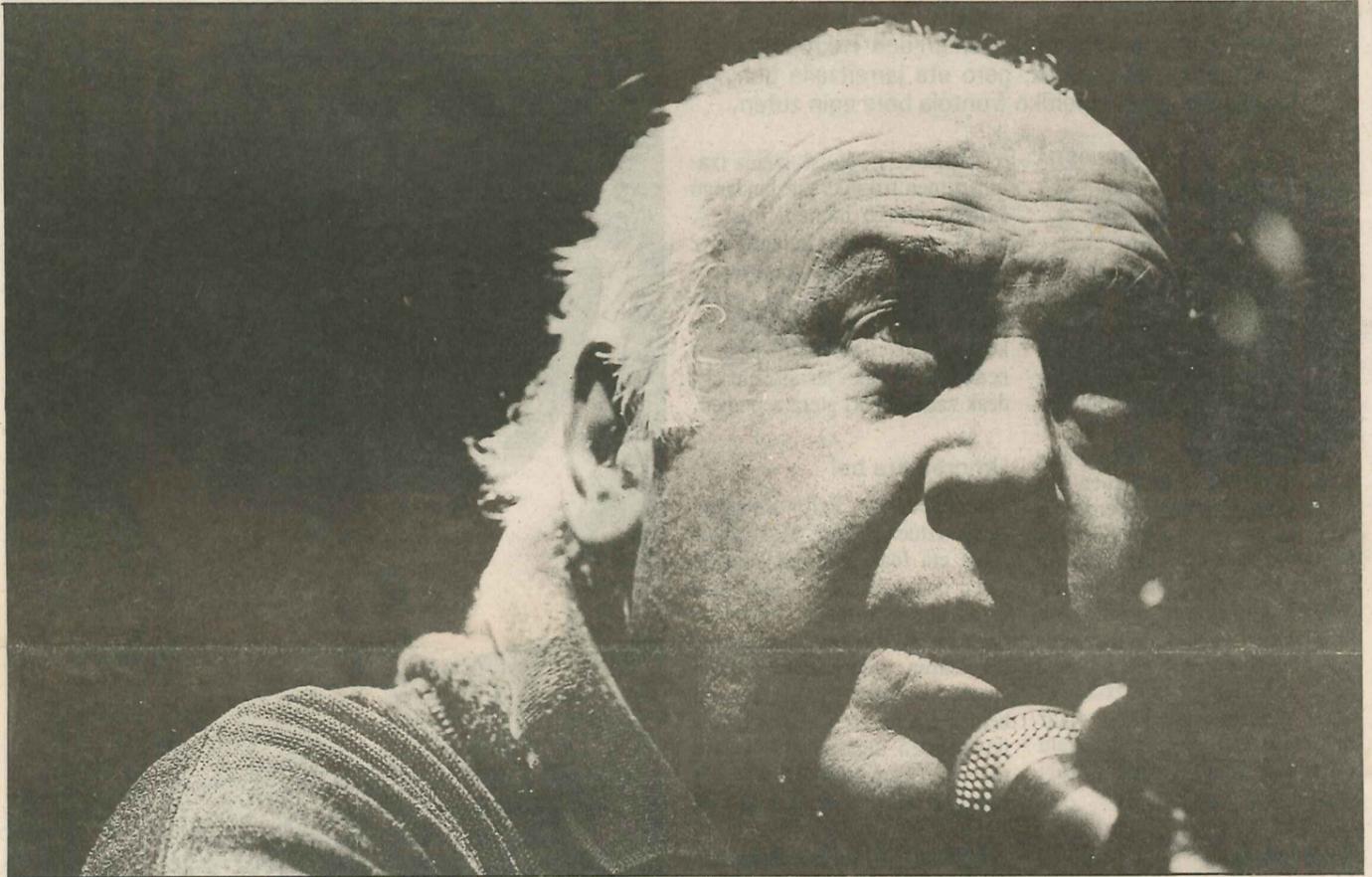
«Mikel, maite zaitugu». El grito que salió de una garganta anónima durante el concierto, expresó lo que sentían los cientos de personas que formaban el sábado esa cosa abstracta que llaman público. Laboa encariñó al más frío, hizo reír, provocó melancolía, puso carne de gallina, animó y, sobre todo, se hizo querer.

GASTEIZ
Karolina ALMAGIA

El elegante Teatro Principal de Gasteiz se vistió el sábado por la noche para la ocasión, con pancartas lilas de letras amarillas llamando a la Korrika. Abarrotado en sus tres pisos, butacas y pasillos, la expectación se podía notar ante un kantaldi que Mikel Laboa había demorado demasiado para los incondicionales. Y todo salió sobre ruedas.

Cuando su voz —esa voz— llenó el espacio con los versos «Ihes egiten zilegi balitz», el reencuentro se celebró con aplausos que salían del alma. Vestido —cómo no— de azul marino, fue calentando el ambiente con un tema de Xabier Leta y un poema de Bernardo Atxaga, como sólo él sabe hacerlo; hablando poco y cantando a la intimidad. Pero su humor daba para más, y pronto se arrancó con un tango. «Lizardi» le sirvió para abandonar la silla y darse unos meneos, por qué no.

Tras las «Galderak» de Bertolt Brecht y un instrumental a cargo de su grupo habitual —los



Mikel Laboa cantó mejor que nunca.

Joseba OLALDE

hermanos Salvador y Josexu Silguero llevaron el peso— Mikel Laboa reapareció con una bufanda al cuello y comenzó con sus experimentos. «My darling, ¿where is the pencil?», parrufadas en su idioma onomatopéyico, toda una conversación cómplice que puso la nota de humor en la noche. Así fue asomando el Mikel de siempre, el más creativo, imaginativo, inesperado. Porque tras el *fado* que

cantó en portugués, el cantante guipuzcoano nos sorprendió con un tema en castellano, una canción popular revolucionaria que terminó con una conversación en perfecto acento mexicano entre Ramona y su «compadresito».

«Izan ala ez izan, that is the question», «nork-nori-nor», de nuevo «my darling», una soprano cantando de fondo, y «Lekeitios» en homenaje a Camarón de la Isla. La trikiritria de Tapia, los sonidos de la txalaparta y la gui-

tarra de Carlos Itoiz acompañaron por momentos a Mikel Laboa, que cada vez demostraba sentirse más a gusto. Con «Lili bat», letra de Joseba Sarrionandia, llegaron los ratos más emotivos, mientras el concierto se acercaba al final. Homenajeado por todos sus amigos, Laboa recibió con una sonrisa ramos de flores, danzas y la txapela, proclamado vencedor de la noche. El adiós llegó cuando to-

davía nadie lo quería y Mikel salió una vez más. Sólo una, porque la voz —que se había portado maravillosamente toda la noche— empezó a dolerse. Así que regresó al escenario y dijo a su gente que no sea pesada, que ya era hora de ir a cenar. Obediente, pero muy a su pesar, el público abandonó el teatro en el que todavía flotaban unos versos que decían: «Herria gorputza da, hizkuntza biotza».

La Polla Records presentó su último disco bajo una lluvia de saliva

GASTEIZ
K.A.

Unas calles más allá, cuando todavía sonaban los ecos de la música de Laboa, daba comienzo la presentación del último disco de La Polla Records.

La sala Elefante Blanco se quedó pequeñísima para acoger a toda la gente que se acercó a escuchar a la banda de Agurain. La abundante juventud dejó patente que La Polla va renovando público, aunque éste no cambia las costumbres: una constante lluvia de lapos bañó a los músicos durante casi dos horas.

Antes que ellos, los Destrerados, del mismo pueblo que los

pollos, habían calentado motores, tanto que el vapor se podía sentir en la sala.

La Polla ofreció un concierto —con algunos fallos de sonido— en el que conjugó hábilmente los temas históricos con los más nuevos de «Bajo presión». Tan eléctrico como siempre, Evaristo hizo alarde de su buen humor, dedicó la canción «La secta» a Remar, y no dio tregua entre tema y tema, mientras cientos de gargantas le acompañaban. Los *kamikazes* que se lanzaban desde el escenario fueron el otro circo, uno de los cuales era devuelto automáticamente al tablado, no pudiendo bajar hasta el final.



Evaristo supo ganarse al público.

Joseba OLALDE